

poeta sospechaba». Que —en el mismo ensayo— afirma que para el poeta: «no existen sinónimos. Existe una serie de palabras únicas, justas, precisas, y, por ello, insustituibles». Poeta, a mi juicio, difícil de encerrar dentro de grupo, tendencia o clasificación alguna, porque desde muy pronto oyó su propia voz y la siguió. ■ AURORA DE ALBORNOZ.

Calvino, el imprevisible

En 1947, un joven de veinticuatro años, recién licenciado de la Facultad de Letras de Turín con una tesis sobre Joseph Conrad, publica un libro titulado, «El sendero del nido di ragnò» (1). En el comentario que le dedica en las páginas de «L'Unità» Cesare Pavese, dirá de él que es el «más interesante relato que haya leído hasta la fecha sobre la experiencia partisana», y tras colgarle al autor el calificativo de «ardilla de la pluma» («la astucia de Calvino, ardilla de la pluma, ha consistido en trepar a las plantas, más por juego que por miedo, para observar la vida partisana como una fábula de bosque»), el autor de «La Luna y la hoguera» sacará a colación nada menos que a Ariosto. La posterior carrera literaria de aquel novel, llamado Italo Calvino, no será sino la confirmación de las profecías de Pavese.

Sin embargo, «El sendero...» no es el libro sobre la Resistencia que tal vez cabía esperar de un antiguo partisano. Su autor no nos presenta a un personaje «positivo», a un héroe de la Resisten-

cia al estilo de la novela social-realista al uso. Su protagonista es, por el contrario, una figura del hampa, un ser decididamente anti-todo, y por anti-todo, también antifascista, que no siente el menor escrúpulo de convertirse en rufián de su propia hermana, a la que prostituye con los soldados germanos. En esa primera obra se halla en germen esa inclinación por la fantasía, esa manera irónica y como distante de ver las cosas, y, sobre todo, esa capacidad para la fabulación que va a caracterizar al Calvino maduro. (A este respecto, nada más natural ni más significativo que el hecho de que, años más tarde, entre 1954 y 1956, nuestro autor llevase a cabo una recopilación de fábulas populares procedentes de distintos dialectos italianos.) Esa prodigiosa facultad manifiesta, como decimos, a lo largo de toda la obra narrativa de Calvino, y que alcanza en su última obra —«Le città invisibili»— altísimas cotas, se hace patente de modo especial en la trilogía «I nostri antenati» («Nuestros antepasados»), compuesta por los que siguen siendo hasta hoy los relatos más leídos del autor: «Il barone rampan-

te» (2), donde se cuenta la historia, ambientada en el Siglo de las Luces, del contestatario aristócrata Cosimo Plovisco di Rondò, quien, tras negarse un día, de niño, a comer un plato de caracoles que le sirven en casa, toma la irrevocable decisión de pasar el resto de su existencia entre los árboles (3), donde está para él la verdadera vida; «Il visconte dimezzato», que nos presenta a un extraño personaje partido en dos por una bala de cañón durante una de las guerras austroturcas, y en el que no resulta descabellado ver al hombre dividido de nuestro tiempo (Calvino es terreno abonado para los cazadores de símbolos), y por último, «Il cavaliere inesistente», donde se nos narran las aventuras de un caballero de Carlomagno que, como bien indica el título, no existe, y resulta identificable únicamente por su armadura (otro símbolo: el hombre totalmente confundido con su función). Si en estas y otras narraciones, Calvino sitúa la acción en el pasado para, gracias a ese distanciamiento,

(2) Existe traducción castellana: «El barón rampante» (Planeta).

(3) Recordemos el citado comentario de Pavese.

mejor y más libremente ironizar sobre el momento actual, en los tres relatos cuya publicación en nuestro país motiva estas líneas (4), el autor aborda, sin ambages, diversos temas de la vida política y social de la Italia del «milagro económico». La trama de «La especulación inmobiliaria», que es el más antiguo de los tres, pues data de 1957, gira en torno a un intelectual, comunista en su juventud, pero cuyos ideales se han ido poco a poco debilitando con los años, hasta el punto de que llega ahora a sentir fascinación por alguien que, lógicamente, debería ser su enemigo de clase: un empresario trapacero y sin escrúpulos que se dedica a negocios inmobiliarios y a quien el protagonista decide, desechando todas las advertencias que se le hacen, confiar la venta de unos terrenos de su propiedad. Lejos de cualquier enfoque maniqueo, Calvino profundiza en la psicología de ese personaje casi balzaciano, que es el especulador inmobiliario, en un intento de comprender las razones de su ascenso sobre el antiguo comunista. «La nube de "smog"», narración que, a pesar del carácter concreto del tema, adquiere en algunos momentos un tinte surrealista que nos recuerda a Buzzati, tiene también como protagonista a un intelectual. El narrador —el relato está contado en primera persona— encuentra un puesto de redactor en una publicación titulada «La Purificazione» —que edita un organismo paraestatal dedicado a la protección del medio ambiente contra la contaminación—, trabajo que desempeña con mayor o menor entusiasmo hasta que un día descubre que el director de la publicación es al mismo tiempo consejero delegado de una poderosa industria, y, como tal, culpable de esa misma contaminación contra la

(4) «La especulación inmobiliaria», «La nube de "smog"», «La jornada de un escrutador» (Alianza Tres). Es de alabar la traducción de Angel Sánchez-Gijón.

que hipócritamente dice estar luchando. Si tenemos en cuenta que «La nube...» fue escrita en 1958, no podemos dejar de sorprendernos de su carácter profético. Ambos relatos constituyen, pues, una nada velada denuncia de los métodos de acción del capitalismo, interesado únicamente en obtener cada vez mayores beneficios, para lo cual no duda en recurrir a las más vergonzosas tretas. La tercera narración, «La jornada de un escrutador», publicada en 1963, tras un silencio de tres años, es un libro inesperado en más de un sentido. En primer lugar, desde el punto de vista formal. Imaginémoslo, en plena fiebre neovanguardista, el mismo año en que Sanguinetti da a luz su delirante «Capriccio italiano», un relato que comienza: «Amerigo Ormea salió de casa a las cinco y media de la mañana»; es decir, como un remedo del célebre, por denostado, arranque «La marquise sortit à cinq heures». Inesperado, en segundo lugar, por su tono: En «La jornada», Calvino renuncia al lirismo épico de la mayor parte de su obra anterior, y, dando un giro de 180 grados, nos presenta a un personaje problemático, Amerigo Ormea, joven intelectual comunista que recibe el encargo de hacer el escrutinio de votos en un colegio electoral instalado en el «Cottolengo», institución benéfica turinesa, entre cuyos muros se esconde el reverso de la Humanidad: todos esos «infrahombres», idiotas, lisiados, deformes, que la sociedad, la nuestra, se avergüenza de sacar a la luz. Ante el espectáculo de semejantes monstruos de la Naturaleza, el escrutador se plantea, en apretado monólogo, una serie de interrogantes que, en cierto modo, evocan la angustia existencial de un Kierkegaard o un Leopardi. El creciente desaliento que se apodera del escrutador llega hasta el punto de impedirle luchar por el cumplimiento de las normas electorales; es decir, contra el escarnio que supo-

ne el que la democracia cristiana (partido al que pertenece el presidente del colegio electoral) se aproveche de esos seres tarados para, con las más grotescas maniobras, obtener sus votos. Tal vez lo más discutible de este sorprendente relato sea el tono entre moralista y demagógico que adopta a veces Calvino en la discusión de los problemas políticos que aquella visión del orco plantea al protagonista. Mas, incluso un relato tan amargo y pesimista como éste —reflejo de una profunda crisis que había hecho tambalearse el credo nacionalista del autor, su fe en la posibilidad de una Humanidad feliz, libre de taras físicas y morales—, acaba con una frase esperanzadoramente utópica: «Hasta la última ciudad de la imperfección tiene su hora perfecta —pensó el escrutador electoral—, la hora, el instante en que en cada ciudad está la Ciudad» (5). ■ JOAQUIN RABAGO.

«El proletariado militante»

Hasta su muerte, en 1914, Anselmo Lorenzo es uno de los hombres con mayor influencia en el anarcosindicalismo español. Nacido en 1841, su primera intervención pública conocida tiene lugar en 1864, cuando su firma es una de las primeras en la lista de obreros madrileños que apoya al sector socialista del partido democrático, frente al individualismo burgués de Castelar. Cabe pensar que, para el joven trabajador asistente a las clases impartidas en el Fomento de las Artes, la solución republicana conllevaba el fin de la explotación obrera, de acuerdo con las fórmulas reformis-

(5) Es de sobra conocida la admiración que profesa Calvino por el Siglo de las Luces, consecuencia con su profunda fe racionalista y su creencia en el progreso. Su entusiasmo por Fourier le llevó, por otro lado, a preparar en 1971 una edición italiana de algunos escritos del célebre socialista utópico francés.



(1) «El sendero...» se editó en 1964 con un polémico prólogo del autor en el que muchos vieron un ataque al partido comunista, y que prácticamente consumió la ruptura entre Calvino y parte de la intelectualidad italiana. A partir de entonces, este escritor italiano, nacido casi por azar en la isla de Cuba, vive en París en una especie de autoexilio literario, aun cuando sigue vinculado al editor Einaudi, en calidad de asesor literario.

Agnes y German
Gullón

TEORIA DE LA NOVELA

Pierre Teilhard
de Chardin

LAS DIRECCIONES DEL PORVENIR

Mircea Eliade
IMAGENES
Y SIMBOLOS

SI LE INTERESAN LOS LIBROS
DE TAURUS EDICIONES

dirijase a nuestro Departamento
de Promoción
(apartado 10.161), Madrid,
para poder enviarle
trimestralmente una información
más detallada de nuestras
publicaciones.

Plaza del Marqués de Salamanca, 7 - Madrid-8
TAURUS

tas divulgadas por Garrido y Pi y Margall. Sin embargo, en 1869 será uno de los líderes del grupo bakuninista madrileño, que con suma inteligencia va imponiendo a lo largo del año los propósitos anti-políticos de la Alianza de Bakunin frente a los programas federales, hasta el manifiesto de ruptura de 24 de diciembre de dicho año. El artículo que Anselmo Lorenzo publica en el semanario obrerista *La Justicia Social* es ya un claro exponente del rechazo radical de la tríada Dios-Capital-Estado que ha de caracterizar en lo sucesivo al movimiento anarquista. En adelante, Anselmo Lorenzo actuará incansablemente en los preliminares del internacionalismo español y portugués, superando incluso la prueba de fuego de la represión posterior a 1874. Como dirigente, propagandista y organizador, su carrera se prolonga hasta los primeros intentos, en 1910 y 1911, de transformar la organización sindicalista catalana en una Confederación Nacional del Trabajo. Creo recordar que el primer congreso de la CNT, en septiembre de 1911, se abre con la lectura de un texto de Anselmo Lorenzo que puede contemplar cómo en las sesiones el equilibrio inestable entre anarquistas, socialistas y radicales se decanta con claridad en favor de los primeros. Para entonces, la figura de Anselmo Lorenzo alcanza incluso reconocimiento de la burguesía, en uno de cuyos órganos de mayor difusión, *El Liberal*, de Madrid, colabora asiduamente. En 1910 ha concluido la segunda parte de su obra capital, *El proletariado militante*, donde conjuga los recuerdos autobiográficos con la transcripción de documentos correspondientes a las primeras etapas del movimiento obrero revolucionario en España. La lectura de trabajos teóricos, asimismo tardíos, nos informa que, por lo demás, no existía demasiada distancia entre las posiciones de Lorenzo en la primera década del siglo y las de 1870: la

defensa de la ruptura radical en nombre del ideal libertario encubría la persistencia de la cosmovisión armonista, anclada en torno a la ley del progreso, que recibiera en su juventud de los pensadores demócratas, fundada ahora con la fe en la ciencia dominante en las últimas décadas del XIX.

La obra inacabada que es *El proletariado militante* pasó en lo sucesivo a constituir, con los trabajos de Max Nettlau, la fuente indispensable para el conocimiento de los orígenes del anarquismo español. Desde hoy, puede pensarse que algunos puntos, como la relación entre obreros y republicanos, son tratados por la pluma de Lorenzo con alguna deliberada ligereza, pero, en conjunto, el valor del testimonio sobrevivía a las nuevas investigaciones, que, mediada la década de 1960, iban elaborándose tras el trabajo pionero de Josep Termes. Sin embargo, y por razones administrativas, un clásico como *El proletariado militante* seguía sin poder obtenerse de otro modo que a través de las ediciones del exilio. La edición ya preparada de un joven historiador, José Álvarez Junco, vegetaba en los estantes de Alianza Editorial. Y, en cierto modo, hay que felicitarle de ello, porque al lector de hoy le llega un trabajo de presentación sumamente elaborado, fruto de casi diez años de investigación en archivos y hemerotecas, mucho más granado, sin duda, que pudo serlo la presentación inicialmente prevista.

El esfuerzo que ha requerido esta edición de *El proletariado militante*, puede apreciarse en el conjunto de notas que permite situar con concisión y exactitud los datos biográficos o institucionales que Anselmo Lorenzo descuida o margina en su relato. Como contrapartida, el prólogo de Álvarez Junco es sorprendentemente breve, y no resulta fácil explicarse —a salvo de las exigencias editoriales— las razones de este desequilibrio. Tiene razón Álvarez Junco en adver-

tir al lector acerca del desconocimiento que preside los juicios habituales sobre nuestro anarquismo, pero su introducción es demasiado corta para permitir la mejora de nivel que, en cambio, anuncian sus notas. Las líneas de discusión sobre las razones del arraigo anarquista son dudosas, y lo es más aún la asociación con el carlismo en cuanto formas de protesta contra el «Estado liberal contemporáneo, centralizado y urbano». La sustitución de la mentalidad religiosa en las capas obreras por la nueva fe en la cultura, defendida por el anarquismo, es verosímil, pero, ¿cómo integrar en el esquema el anticlericalismo popular anterior a 1868? Como mínimo, antes de revisar sumariamente la explicación de base económica calificada de marxista, habría que sustituir la argumentación estática (una determinada justificación de estructura económica o política), por otro tipo de análisis en que se integraran la evolución de los conflictos y los cambios, tanto en las relaciones de producción como ideológicos, en el período 1869-1936. Para comenzar, dentro de una relativa estabilidad, la implantación anarquista sufre modificaciones, avances y retrocesos: conquista posiciones sobre el socialismo en localidades industriales catalanas, como Mataró; pierde base campesina en favor de la UGT, en torno a 1930; penetra en feudos urbanos socialistas de forma tardía (caso de Madrid en 1931-36). Es decir, los factores estructurales de tipo fundamentalmente económico, y subsidiariamente políticos y religiosos, deben integrarse en un intento de explicación más complejo, en que jueguen los cambios a largo plazo, la actuación de la UGT, las sucesivas fórmulas institucionales del propio anarquismo. Y, en particular, para las primeras etapas del internacionalismo, prescindir de las relaciones con el federalismo (y su frustración) y de los cambios económicos y políticos introducidos en

las relaciones de clase por el sexenio 1868-74 puede sólo conducir a una versión incompleta. Sin duda, la homología, existente entre las categorías y aspiraciones del reformismo democrático y el bakuninismo, jugó su papel a la hora de distanciar del marxismo a la mayoría de nuestros dirigentes internacionalistas. La propia alusión en el texto de Álvarez Junco al contenido industrialista del programa anarquista, en claro contraste con posiciones teóricas más recientes, por ejemplo en la FAI de 1930, sugiere la conveniencia de abandonar la generalización como criterio descriptivo de toda la trayectoria anarquista. Personalmente, no comparto la habitual recusación del pensamiento anarquista en cuanto utopía, ya que esta dimensión, en cualquiera de sus versiones, y sin prejuicio peyorativo alguno, nunca está ausente de los planteamientos libertarios.

En definitiva, un prólogo corto para los temas que suscita, y una edición crítica extremadamente cuidada son los rasgos de esta reedición de *El proletariado militante*. Nos encontramos ante uno de los textos de mayor riqueza de la historia del movimiento obrero y, dadas las características del trabajo de Álvarez Junco, precursor de un estudio general sobre la mentalidad anarquista entre 1869 y 1910, con el anticipo de una obra que ha de reavivar la discusión científica en torno a un tema crucial de nuestra historia contemporánea. ■ ANTONIO ELORZA.

CINE

Otro Festival
de
San Sebastián

En esta ocasión se trata ya del número 22.